

LA VIOLENCIA

Casi todas las fiestas nacionales, coinciden con el aniversario de una revolución. No es éste el momento ni el lugar para analizar las causas y los efectos de la nuestra. Pero, invitado como sacerdote, amigo y compatriota, a dirigiros la palabra con motivo de nuestra fiesta nacional, no puedo abstenerme de abordar el tema que a todos nos preocupa hoy: la actitud del cristiano frente a la revolución, a la violencia. Eludirlo sería cobardía, y aún más, traición.

Esta actitud frente a la violencia la encontramos definida con toda claridad en el Evangelio, en las palabras y en las actitudes de Cristo. Él la ha predicado y la ha vivido. Ningún verdadero sacerdote de Cristo tiene el derecho de deformar ese mensaje; por el contrario, tiene el deber de difundirlo y de conformarse a él, junto con todo el pueblo de Dios.

¿En qué consiste esta actitud? Trataré de expresarla claramente, condensándola en cuatro puntos principales.

En nuestro lenguaje moderno distinguimos dos violencias fundamentales: la que es el producto de estructuras injustas y la que el hombre, oprimido por esas estructuras, pone en práctica para liberarse de ellas.

1) En primer lugar, Cristo nació y predicó su Evangelio cuando su patria estaba violentada en sus estructuras.

Tanto Cristo como sus contemporáneos sufren la opresión que representaba la ocupación del país por tropas extranjeras; son víctimas del legalismo y de la codicia de las autoridades religiosas: fariseos, legistas, escribas, Sanhedrín, son víctimas de los malos ricos o de los intendentos infieles que explotan el trabajo del pobre, lo abruman con impuestos, lo condenan al hambre, a la mendicidad, a la esclavitud: no debemos olvidar que había más de 5000 hambrientos el día de la multiplicación de los panes. Abundan en el Evangelio los ejemplos de esas diversas violencias que resultan de estructuras injustas. ¿Para qué dar más detalles?

2) En segundo lugar, Cristo ha denunciado, condenado, fustigado, este estado de violencia, con términos muy duros.

Ha tratado a los fariseos de insensatos, repugnantes, pérfidos; los ha llamado ciegos que guían a otros ciegos, sepulcros blanqueados, serpientes, raza de víboras. Los ha maldecido repetidas veces, en dramático enfrentamiento. Ha tratado de zorro a Herodes, jefe político vendido al enemigo, y lo ha cubierto de desprecio con su silencio. Ha arrojado del templo a los especuladores -ya fueran vendedores o compradores- llamándolos bandoleros. Los malos ricos han sido condenados y maldecidos particularmente; los pobres han sido ayudados, exaltados, bendecidos. Cristo no ha predicado una resignación beatífica ni una violencia comprimida, que conducirla a una especie de angelismo, a una cobarde abstención. Y le hicieron pagar con la muerte su franqueza incesante e implacable.

3) Pero -y llegamos ahora al centro del tema- Cristo ha condenado expresamente el uso de la violencia física para remediar la violencia de las estructuras. No condenó, por cierto, la legítima defensa, pero nos ha invitado a tender antes la otra mejilla, pues el perdón presupone

² Vicerrector General y Administrador de la Universidad Católica de Córdoba.

más violencia de amor que la venganza. ¡Y de qué manera ha insistido en el perdón -hasta la cruz- para quebrar el círculo vicioso de la venganza y del odio!

Cristo no ha condenado el recurso a la violencia en el caso de una tiranía evidente y prolongada, pero nunca incitó a ella a sus contemporáneos, el mismo Pilato lo reconoció así.

Y Cristo ha rechazado expresamente la violencia para establecer su reino. Lo ha hecho con el precepto “No matarás”, que se repite a lo largo del mensaje evangélico.

Lo ha hecho también con la afirmación solemne ante Pilato: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis gentes hubieran combatido...”.

Lo ha hecho con el apóstrofe a Pedro cuando este, armado de una espada, cortó la oreja del servidor del Sumo Sacerdote: “Vuelve tu espada a la vaina, pues quien maneja la espada perecerá por la espada ¿Piensas acaso que no podría recurrir a mi Padre, que me enviaría en el acto más de doce legiones de ángeles?”.

4) Por, fin, y esto es lo más importante, Cristo ha exaltado, para la fundación de su reino que sufre violencia y en el cual sólo los violentos triunfan, otra violencia, la única auténticamente cristiana, la de los pacíficos, la de los creadores de paz: la violencia del amor.

Cristo nos ha enseñado que la Creación es violencia: violencia del amor de Dios por los hombres. El se encarnó y murió en la Cruz, por la violencia de su amor por nosotros. No predicó nunca la revolución social y política, sino la revolución de la gracia, que es revolucionaria a nivel mucho más profundo que el de las simples estructuras, porque ella libera al hombre y lo libera de sí mismo, de su estado de pecado, de su egoísmo, de sus pasiones: la carne, el dinero, el poder. La gracia lo hace libre para la caridad y el servicio de amor al prójimo. Nunca un hombre así liberado por Cristo violentará la libertad de su prójimo, ni creará estructuras injustas, ni participará de ellas: por el contrario, consagrará su vida a instaurar estructuras renovadas, fundadas sobre la justicia y la caridad.

El cristianismo es revolución, sí, pero revolución de la gracia, del amor y de la paz, y como tal, un desafío permanente a la violencia destructora.

Hay que servir al Evangelio y no servirse de él para fines que le son extraños. El Evangelio es una palabra sagrada: no hay que alterar ni falsificar los textos; mucho menos abusar de ellos, ni manosearlos. La revolución a la cual nos invita el Evangelio, la que exige de nuestras personas y de nuestras comunidades, es tan profunda y radical, que una vez aceptada -y esta aceptación debemos renovarla cada día- vuelve inútil la violencia destructora que sólo engendra un aumento de violencia.

Algunos cristianos han podido creer de buena fe que eran fieles al Evangelio al adoptar esta actitud de violencia. La buena fe no excluye el error, que en este caso es grave, pues el Evangelio rechaza expresamente esta actitud. Más pesada que la de ellos es la responsabilidad de quienes les hubieran enseñado tal interpretación del Evangelio.

Que el sacrificio de Cristo que ofrecemos en este día por los autores como por las víctimas de toda clase de violencia, nos convenza de una vez para siempre que sólo hay una violencia cristiana valedera y constructiva: la del amor.